

CAPITULO V.

EL RENACIMIENTO Y EL PORVENIR.

Los grandes hombres son los que tienen la mirada vuelta hacia el porvenir y arrastran á los pueblos por su camino; de la misma manera las revoluciones que descuellan en los anales de la humanidad son las que hacen al género humano dar un paso hacia adelante. Tal fué la Reforma, por más que pretendía volver al cristianismo primitivo; tal fué también el Renacimiento, á pesar de su admiración excesiva hacia la antigüedad pagana. ¿Cuál es el rasgo característico del Renacimiento bajo el punto de vista religioso? Se agranda el círculo de las ideas y de los sentimientos. Es verdad que la mayor parte de los humanistas creen ser católicos, pero su catolicismo es completamente diferente del sombrío catolicismo de la Edad Media y del catolicismo artificial del siglo XIX. A pesar de sus pretensiones de universalidad, el catolicismo es una religión estrecha; reprueba las demás formas religiosas, y por consiguiente, condena á los hombres y á los pueblos que están fuera de la Iglesia. Causa admiración encontrar sentimientos más humanos en el siglo XV. Una Iglesia exclusiva no es posible sino mientras los hombres viven aislados. Durante siglos la Edad Media no conoció más religión que la de Cristo, porque los judíos eran demasiado odiados para que los fieles pudiesen sacar utilidad de su trato. En cuanto los cristianos entraron en colisión con los sectarios de Mahoma, sus creencias se transformaron; surgieron dudas sobre la verdad de la revelación en presencia de una revelación rival; la fe, fuera de la cual no hay salvación, se que-

brantó. Así es que resultó una especie de tolerancia de la lucha más intolerante que menciona la historia. Sin embargo, el mahometismo no tenía nada que pudiese seducir á la inteligencia; la civilización árabe estaba ya en su decadencia cuando empezaron las grandes guerras entre el Oriente y el Occidente. El Renacimiento de Grecia y de Roma tuvo una influencia igualmente benéfica, pero mucho más fuerte y duradera. No era una religión que salía del sepulcro, era la más brillante de las literaturas. Y ¿cuál era el espíritu de las letras antiguas? La libertad del pensamiento, al paso que la Edad Media estaba dominada por una ortodoxia celosa, que no tenía más que hogueras para los que se separaban del dogma oficial. El paso de aquella compresión intelectual al helenismo fué como el paso de una prisión al aire vivificante de la libertad; los pulmones se dilataron, el hombre respiró con desahogo, y abrazó á toda la naturaleza, á toda la humanidad en sus aspiraciones y simpatías.

Los doctores escolásticos no se ocupan de las religiones extrañas más que para maldecirlas. En el siglo XV nace una filosofía religiosa que respeta todos los cultos, por erróneos que parezcan. Los hombres que se ponen á la cabeza de este movimiento cosmopolita no son libres pensadores ni herejes, son clérigos. Un cardenal inaugura la era nueva. *Nicolás de Cusa* no rechaza ninguna religión; todas son más ó menos imperfectas, dice, pero todas tienen algunos elementos de verdad, hasta el mahometismo, que en definitiva no es más que una secta cristiana (1). El filósofo del Renacimiento cree que podría establecerse la paz entre las diversas confesiones, porque todas tienen un fondo común, y solamente difieren en el modo de la adoración (2). En una visión muy diferente de las que solían tener los santos en la Edad Media *Nicolás de Cusa* vió á los sabios de los diversos pueblos reunidos en Jerusalén, glorificando á Dios cada cual en su lengua y á su manera, pero reconociendo todos una sola ver-

(1) NICOL. CUSAN., *De docta ignorant.*, III, 11 y sig.; *De Cribrat. Alcor.*, Prol. 2, 1, 6.

(2) NICOL. CUSAN., *De pace seu concordantia fidei*, c. 1: « Non est nisi una religio in rituum varietate. »

dad (1). Las mismas ideas se manifiestan en Italia. *Ficino* es á la vez filósofo y sacerdote; la ortodoxia romana tendria bastante que decir respecto de su fe, pero la sinceridad de sus creencias no puede ser puesta en duda. Cree que todas las religiones tienen algo de bueno en cuanto nos acercan á Dios; los ritos son diferentes, pero esta variedad produce una bella armonía bajo la inspiracion de Dios (2). No es esto indiferencia religiosa, como cree un sabio historiador de la filosofía (3); basta leer un renglon de *Ficino* para convencerse de que es un creyente más bien que un pensador.

Habia en la filosofía religiosa del siglo xv un elemento hostil al cristianismo. *Ficino* y *Nicolas de Cusa* no sospechaban que estaban de acuerdo con *Juliano el Apóstata*, el enemigo encarnizado de Cristo. Pero la hostilidad se manifestó más claramente en otro escritor griego de pura raza, que despreciaba á los Bárbaros lo mismo que un ateniense. Creeríase que *Gemisto Plethon* era un filósofo de la antigüedad que salía de su tumba. Hallándose en el Sínodo de Florencia dijo en una conversacion familiar con su compatriota Jorge de Trebisonda, que las naciones renunciarían muy pronto al Evangelio y al Corán para abrazar una religion parecida á la de los Gentiles. Se dice tambien que en un escrito sobre las *Leyes* daba francamente la preferencia al paganismo sobre la religion de Cristo. Habiendo sido destruida la obra del filósofo griego por orden del Patriarca de Constantinopla, era posible dudar de la veracidad de estas acusaciones. Recientemente se han encontrado fragmentos que prueban que *Plethon* pensaba seriamente en restaurar el paganismo, pero no el politeísmo vulgar; su religion era la de Zoroastro, de Pitágoras y de Platon; era el sincretismo neoplatónico (4). Esta confusion de todas las doctrinas religiosas y filosóficas sobrevivió al siglo xv; encuéntranse las

(1) NICOL. CUSAN., *De pacis fidei*, c. 3, 5; *De docta ignor.*, I, 25. — RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IX, p. 154-157.

(2) FICINUS, *De christiana Religione*, c. 4: «*Forsitan vero varietas Augustini modi, ordinante Deo, decorem quemdam parit in universo mirabilem.*»

(3) RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IX, p. 276.

(4) PLÉTHON, *Tratado de las leyes*, ó recopilacion de los fragmentos en parte inéditos de esta obra, por ALEXANDRE, 1858.

mismas tendencias en Reuchlin, y en el siglo xvii en Cudworth y en Morus. El eclecticismo, impotente por su naturaleza, no producirá nunca una religion nueva, pero alienta los ánimos, presentándoles la parte verdadera de todas las filosofías y de todas las religiones.

La filosofía de la Historia, tal como la hace el siglo xvi, imparcial y benévola, puede aceptar el juicio de *Ficino* sobre los filósofos griegos. Para él la filosofía antigua es una especie de religion (1). Platon no es un jefe de escuela, tiene una mision religiosa; Dios le ha enviado para comunicar á los hombres las verdades que guían á la salvacion (2). *Ficino* toma al pié de la letra el dicho del pitagórico Numenio, de que Platon era un Moises que hablaba en griego; cree que los diálogos de Platon contienen las bases de la religion cristiana; llega á decir que Sócrates es el tipo de Jesucristo. *Ficino* iba demasiado lejos al identificar el platonismo y el cristianismo; éste es el escollo del espíritu ecléctico que tiene tendencia á ver en todas partes la verdad una y eterna. Pero por el mero hecho de ver el eclecticismo un elemento de la verdad en toda doctrina, no puede condenar ni maldecir lo pasado. *Ficino* cree en la salvacion de los filósofos que han practicado la Ley natural (3). Hé aquí una doctrina humana, pero que ciertamente no es cristiana.

Este cosmopolitismo religioso anuncia una nueva era y una religion realmente católica, universal. Hay un abismo entre el Renacimiento y la Edad Media. Rogerio Bacon es muy superior á *Ficino*. Sin embargo, no le ocurre siquiera dudar acerca de la condenacion de los filósofos del gentilismo. *Erasmo* era monje lo mismo que Bacon; pero ¡qué elevacion de ideas en el escritor del siglo xv! «*Leyendo á Ciceron y á Plutarco, dice, me siento mejor; cuando leo á Duns Scoto y otros semejantes, me siento frio para la virtud y no me encuentro animado más que para disputas odiosas. Me pregunto si los Oficios de Ciceron han sido realmente escritos por un pagano para paganos; ¡es tan verdadera su moral*

(1) FICINUS, *Epist.*, lib. VII (t. I, p. 823).

(2) FICINUS, *Proem. in Commentaria Platonis* (t. II, p. 102 y sig.).

(3) FICINUS, *Epist.*, lib. VIII (t. I, p. 895).

y tan conforme con la naturaleza! No puedo dudar de que aquel hombre ha recibido inspiración divina. Me inclino tanto más á creerlo cuando considero cuán grande es la caridad del Sér Supremo. ¿Por qué hay hombres de corazón mezquino que quieren limitar á su imagen la bondad infinita de Dios?» (1). *Erasmus* no ensalza solamente á los filósofos; encuentra entre los hombres políticos de la antigüedad almas santas que harían avergonzar á los cristianos: «Citeseme, dice, un dominico ó un franciscano que pueda compararse con Focion ó Aristides. ¡Los pueblos cristianos serían dichosos si fuesen gobernados por Antoninos ó Trajanos!» (2). *Erasmus* abre el cielo á los grandes hombres del paganismo con preferencia á los fariseos de los claustros que tan envanecidos estaban con su perfección (3); *San Ciceron* y *San Sócrates* son más divinos á sus ojos que los beatos del monaquismo; no desespera ni aún de la salvación del epicúreo Horacio (4).

Habia una raza más detestada por los católicos que los paganos, y eran los desgraciados descendientes de Israel. Los hombres del Renacimiento, griegos por completo y romanos, apenas tenían simpatías hacia aquel pueblo obstinado en sus creencias; pero el afán de saber los llevó á la antigüedad hebraica lo mismo que á la antigüedad griega. Este era un gran paso hacia el cosmopolitismo religioso. Sabida es la tempestad que suscitó el ilustre *Reuchlin* en el mundo escolástico cuando se atrevió á abrazar el partido de la literatura de un pueblo reprobado. La facultad de teología de París declaró que el libro en que *Reuchlin* sostenía que no debían quemarse los escritos de los judíos, «estaba lleno de aserciones falsas, temerarias, ofensivas para oídos piadosos, escandalosas, erróneas, que favorecían manifiestamente la perfidia judaica, llenas de blasfemias para Jesucristo y su Esposa la Iglesia, vehementemente sospechosas de herejía, unas oliendo á

(1) ERASMI *Colloq.* (Op. t. I, p. 682); *Epist.* 457 (t. III, P. 1.^a, p. 496); *Epist.* 499 in *Ciceronis Tusculanas Quaestiones*, t. III, P. 2.^a, p. 1881.

(2) ERASMI *Colloq.* (Op. t. I, p. 847); *Epist.* 318 (t. III, P. 1.^a, p. 326).

(3) ERASMI *Antibarbarus*, lib. I (Op., t. X, p. 1711): «Si conjecturas sequi ceterum, facile convicero aut illos viros aut omnino nullos saluos esse.»

(4) ERASMI *Colloq.* (t. I, p. 683): «Vix mihi tempero quin dicam: Sancte Socrates, ora pro nobis.—At ipsi mihi saepe numero non tempero, quin bene omiser sanctae animae Maronis et Flacci.»

herejía y otras heréticas» (1). No se engañaba *Hutten* al decir que los *teologastros* eran más enemigos de la civilización que los Turcos (2); llegaron hasta amenazar al Papa con un cisma si no se convertía en instrumento de su ciego furor (3). *Reuchlin* respondió que se debía convertir á los judíos por medio de la caridad y de la razón y no quemando sus libros (4). Era el espíritu moderno en lucha con el espíritu de la Edad Media; la libertad del pensamiento frente á los que explotaban la servidumbre del pensamiento. Hé aquí porque *Reuchlin* es uno de los grandes hombres del Renacimiento; no lo es tanto por lo que ha hecho cuanto por el movimiento que imprimió al pensamiento. Lutero dice con razón que, sin tener conocimiento de ello, era un instrumento de los designios de Dios (5). El sabio hebraista no pensaba en una reforma religiosa; él mismo dice que creía trabajar en favor del cristianismo, estudiando la lengua en que están escritos los libros sagrados (6). Pero su influencia alcanzó más lejos que su modesta ambición. Por grande que sea su genio, los grandes hombres no ven nunca el último término de sus trabajos; la Providencia se sirve de ellos para realizar sus designios; grandes por lo que hacen, lo son además porque han merecido ser los órganos de Dios. El odio envidioso de los teólogos es la confesión instintiva de la gran importancia de los trabajos de *Reuchlin*; tratábase nada ménos que de reconciliar á los judíos y por su intermedio al Oriente con la tradición cristiana (7).

La filosofía religiosa del siglo XV con sus tendencias cosmopolitas, debía dar por resultado la tolerancia; hasta puede decirse que su cosmopolitismo no era otra cosa que la tolerancia. Sin

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. I, P. 2.^a, p. 350.—Las universidades de Louvain, de Maguncia y de Erfurt se decidieron igualmente contra REUCHLIN.

(2) HUTTEN, *Triumphus Capnionis* (Op., t. III, p. 360).

(3) MAJUS, *Vita Reuchlini*, p. 465.

(4) VON DER HARDT, *Aurora in Reuchlini senio*, p. 50.

(5) LUTERO, *Epist. ad Reuchlinum* (MAJUS, *Vita Reuchl.*, p. 223): «Fuisse tu sane organum consilii divini, sicut sibi ipsi incognitum, ita omnibus pura theologia studiosis expectatissimum.»

(6) MAJUS, *Vita Reuchlini*, p. 212.

(7) MICHELET, *la Reforma*, p. 8, 22.

embargo, es tal la influencia de las preocupaciones, que los mismos humanistas, tolerantes por su genio y por sus ideas, apenas se atrevían á confesar sus sentimientos. Hubo en el siglo XVI un recrudecimiento de intolerancia en el campo de la ortodoxia; los hombres del pasado, conociendo que se acababa su dominación, se unieron para resistir al espíritu nuevo. El menor desvío, no de la fe, sino de la teología admitida en la escuela, era considerado como una herejía, y, según los teólogos, toda herejía merecía la muerte: «Diríase, exclama *Erasmus*, que teólogo y verdugo son sinónimos» (1). ¿Nos extrañará, pues, que el tímido humanista no tuviera valor para manifestar todo su pensamiento? No es que *Erasmus* ocultase precisamente la verdad; practicaba la tolerancia, pero sin pronunciar la palabra mal sonante que le hubiera hecho romper irrevocablemente con la Iglesia. No se engañaron sus enemigos; la facultad de teología de París condenó proposiciones sacadas de sus obras que implicaban el dogma de la libertad religiosa. La censura merece ser consignada como muestra de la doctrina católica: «Se debe tener por seguro, dice la Sorbona, que los herejes deben ser castigados con el último suplicio. La libertad era buena en tiempos del Evangelio, cuando los tiranos perseguían á la Iglesia. Ahora que dominan los cristianos, es un deber para los príncipes el extirpar la herejía.» *Erasmus* dice que la Iglesia no mandaba á los príncipes dar muerte á los sectarios. La Facultad responde con San Agustín: «La justicia es el primer deber de los reyes, y la herejía es un crimen más atroz que la falsedad y la muerte.» *Erasmus* pretendía que San Agustín no quería más que penas espirituales. Este era un error que no dejó de recoger la Sorbona. Por último, *Erasmus* invocaba la Escritura, que dice que se debe huir de los herejes, pero no manda quemarlos. «La Escritura, dicen los teólogos de París, no ha abolido el derecho natural; según el derecho natural, es lícito castigar á los criminales; se puede, pues, y se debe quemar á los herejes» (2).

Cuando los teólogos convertían la persecución en un deber ri-

(1) ERASMI *Epist.* 467 (*Op.*, t. III, P. 1.^a, p. 515).

(2) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. I, P. 2.^a, p. 69 y sig.

goroso para los príncipes, hay que glorificar á los humanistas que se atrevieron á pensar en la tolerancia. Un amigo de *Erasmus* la predicó claramente; verdad es que la puso en un mundo imaginario. *Tomás Morus* hace de la libertad religiosa una ley fundamental de la *Utopía*. Quiere conservar la paz y la concordia más comprometidas por los odios religiosos que por las guerras extranjeras. Cree por otra parte que la libertad es de la esencia de la religión: «¿Puede concebirse un absurdo mayor, dice, que la violencia empleada para inspirar la fe? ¿Quién sabe si la variedad de cultos forma parte de los designios de Dios? Y si realmente hay uno solo verdadero, debemos creer que la verdad triunfará del error por la sola fuerza de la razón, como la luz resplandeciente del sol disipa las tinieblas de la noche» (1). La tolerancia de *Morus* era en el siglo XVI tan impracticable como las demás instituciones de su *Utopía*; él mismo no fué fiel á sus ideas. Esto no impide que la doctrina de *Morus* tenga gran importancia; cuando se compara la *Utopía* del siglo XVI con la realidad del siglo XIX, ¿es posible seguir negando el dogma del progreso? Lo que hace trescientos años era un sueño irrealizable, es hoy un principio inscrito en nuestras constituciones, y lo que vale más, la tolerancia ha entrado en nuestras costumbres.

La libertad de pensar en todas sus manifestaciones encontró en el siglo XVI un partidario más decidido y más firme que el autor de la *Utopía*. *Herder* ha caracterizado admirablemente á *Hutten*, llamándole el caballero del libre pensamiento (2). Él mismo dice que el amor á la libertad es innato en él; empieza y termina sus inmortales escritos, exclamando: ¡*Viva la libertad!* (3). El siglo XVI se rebeló contra Roma en nombre de la libertad cristiana; pero la libertad del cristiano solamente servía para legitimar la esclavitud del hombre, y con demasiada frecuencia para esclavizar la razón. *Hutten* no la entendía así; asombró á los reformadores con sus aspiraciones ardientes, infinitas (4). Necesitaba la liber-

(1) TH. MORUS, *Utopia*, lib. II (*Op.*, p. 16).

(2) HERDER, *Denkmal Ulrichs von Hutten* (*Obras*, t. XXXVI, p. 68).

(3) HUTTEN, *Op.*, t. V, p. 218, 365; t. III, p. 575 (edic. de MÜNCH).

(4) CAMERARIUS, *Vita Melanctonis*, p. 93 dice HUTTEN: «*Libertatis immo-dica cupidus.... Animus ingens ac ferox.*»

tad en todo; todas las cuestiones en que se trataba de libertad eran suyas. Saludó la victoria de Reuchlin sobre los *teologastros* de Colonia como el triunfo de la libertad de la inteligencia (1). No tenía la libertad mayores enemigos que los dominicanos y la Inquisición á quien animaban con su espíritu cruel: *Hutten* hizo una sátira sangrienta de aquellos discípulos de un Dios de caridad que no respiraban más que odio y sangre (2). Abrazó la causa de Lutero porque vió en la Reforma la emancipación de un yugo secular; no cesó de llamar á los alemanes á la libertad, haciéndoles avergonzarse de la tiranía sacerdotal bajo la cual se doblegaban con tanta mansedumbre los indómitos vencedores de Roma pagana. *Herder* deplora el fin prematuro del jóven héroe; ¿pero por qué deplora que no haya vivido más tiempo? ¿Qué había de hacer en los debates teológicos de los luteranos y calvinistas? No es un protestante, es un precursor de la revolución más grande, más humana, de 1789.

El Renacimiento tiene una misión diferente de la que tiene la Reforma: fué más allá que la revolución religiosa del siglo XVI y dió la mano á la filosofía moderna. *Erasmus* tenía razón al decir que su causa no era la de Lutero (3). El reformador á su vez veía muy bien que no tenía un aliado en *Erasmus*; con su violencia habitual lo trata de epicúreo, enemigo de Cristo, enemigo de todas las religiones (4). Esto era exagerado: *Erasmus* era cristiano, pero cristiano racionalista. Su racionalismo le llevó á profesar opiniones que rayaban en herejía respecto de los principales dogmas del cristianismo. Los reformados suizos que negaban la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, decían que habían tomado su doctrina de los escritos de *Erasmus*; él mismo confesaba, aunque con reserva, que participaba de aquella opinión que, según Lutero, contiene el principio de todas las he-

(1) HUTTEN, *Triumphus Capnionis* (Op., t. II, p. 387).

(2) HUTTEN, *Nemo* (t. II, p. 314); *Triumphus Capnionis*, *ib.*, p. 376.

(3) ERASMI *Epist.* 317 (Op., t. III, l. p. 322).

(4) LUTERO, *De seruo arbitrio*: «Significas te in corde, Lucianum aut alium quemdam de grege Epicuri porcum alere, qui cum ipse nihil credat esse Deum, rideat occulte omnes qui credunt et confitentur.»

rejas (1). En este mismo sentido defendió *Erasmus* la libertad contra el *arbitrio seruo* de Lutero. Esto era atacar á la Reforma en su esencia. Para atraer á las almas á Dios, Lutero pone al hombre en una dependencia absoluta de su Creador; niega la libertad para no dejar imperar más que la gracia. *Erasmus*, al reivindicar la libertad humana, abrazaba aparentemente el partido de la Iglesia ortodoxa; en realidad su punto de vista estaba tan distante de la ortodoxia como del protestantismo. Los católicos no admitían la libertad más que para utilizarla en provecho de la Iglesia; *Erasmus* la quería de véras. Los católicos, aun cuando admitían la libertad, quedaban forzosamente sujetos á la doctrina de San Agustín sobre el pecado original y á sus espantosas consecuencias. *Erasmus* combate á San Agustín; se subleva contra el odioso papel que hace representar á Dios el Padre de la Iglesia. ¿No parece que ha creado los hombres para tener el placer de condenarlos? Hé aquí la terrible crítica que aparece en el fondo de las veladas palabras de *Erasmus* (2); esto era arruinar el fundamento mismo del catolicismo. Sus trabajos sobre la Sagrada Escritura tenían una tendencia más peligrosa todavía porque comprometían la revelación; el humanista del siglo XVI inauguró la atrevida exégesis que en nuestros días ha venido á parar á la negación de la divinidad de Cristo. Estudiando la Sagrada Escritura, *Erasmus* echó de ver que la pretendida obra del Espíritu Santo estaba sembrada de inexactitudes como los escritos de los simples mortales; no negó la inspiración divina; pero señaló las incorrecciones del lenguaje y los errores. ¿A qué queda reducido, pues, el don de las lenguas? dice el adversario de Lutero, el doctor *Eck*; ¿que es de la divinidad de la Escritura? (3). *Erasmus* hizo además otros descubrimientos igualmente peligrosos para la Revelación. No queda hoy más que un solo argumento á los defensores de la divinidad de Cristo, y es que él mismo dice que es Dios, y que por tanto hay que venerarlo como á tal ó decir que era un impostor. Los unitarios del siglo XVI responden que Jesu-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, p. 193, notas 27 y 28.

(2) ERASM., *De libero arbitrio* (Op., t. IX, p. 1242).

(3) ERASMI *Epist.* 303 (Op., t. III, p. 296 y sig.).

cristo no proclama en ninguna parte clara y expresamente su divinidad, y parece que *Erasmus* era de su opinion (1).

Los reformadores han acusado á *Erasmus* de timidez; Lutero dice que no era más que un humanista llamado á preparar la Reforma pero que no tuvo valor para asociarse á sus luchas (2). Del mismo modo se juzga generalmente al Renacimiento. Más exacto es decir que el Renacimiento iba más allá que el protestantismo; habia en los literatos un elemento racionalista, al paso que los reformadores anulaban la razón para someter á los hombres á una fe ciega. Si pudiese quedar duda acerca de la tendencia de los humanistas, bastaria comparar el concepto que se forman de la vida con el concepto cristiano. Los protestantes, lo mismo que los católicos, y aún más que ellos, rechazan la naturaleza y no ven salvacion más que en la gracia. Por el contrario, la consigna de los humanistas es la máxima de los antiguos; *sequitur á la naturaleza*. Esta tendencia es tan irresistible, que se revela hasta en literatos que han sido víctimas de su fe: Los Utopistas, dice *T. Morus*, definen la virtud: *vivir segun la naturaleza*. Dios, al crear al hombre, no le dió otro destino. De esta doctrina deduce *Morus* una moral que ha sido considerada como la rehabilitacion de la carne. La opinion de *Morus* no era una opinion aislada (3). La *Utopia* excitó un entusiasmo universal entre los humanistas, y no se dirigió ni una palabra de crítica á su teoría de la felicidad. Estos sentimientos anticristianos encontraron un representante en uno de los grandes genios del siglo XVI, tan fértil en genios. En *Rabelais* llega á su término la reaccion contra el cristianismo de la Edad Media. Los doctores católicos y reformados maldecian la naturaleza; segun ellos, cuando el hombre nace, es presa del demonio, y el mundo entero es el dominio de Satanas. El autor de *Gargantua*, por el contrario, dice como Rousseau: el hombre es bueno; léjos de mutilar su naturaleza, se la debe desarrollar por completo. Los cristianos de la Edad Me-

(1) HAGEN, *Deutschlands literarische und religiöse Verhältnisse im Reformationszeitalter*, t. III, p. 251.

(2) LUTERO, *Epist.* (DE WETTE, t. II, p. 498, 352).

(3) Así opinaban LORENZO VALLA (BAYLE, h. v.) y el filósofo aristotélico NIPHUS (BITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IX, p. 381).

dia no encontraban refugio contra las tentaciones del diablo más que detras de los muros de un claustro; tambien *Rabelais* tiene su abadía, pero el único voto que se hace en ella es el de ser libre y feliz (1). Esto no impide que *Rabelais* se tenga por buen cristiano; lo era, pero á la manera de Voltaire.

El concepto que los literatos se formaban de la vida hace ver mejor que sus doctrinas religiosas los vínculos que los unen con la humanidad moderna. Al mismo tiempo nos enseña por qué el Renacimiento no ha podido triunfar de la Reforma. El Renacimiento va á parar al racionalismo, y en sus extravíos, al materialismo y á la incredulidad. Ahora bien, la humanidad necesitaba una religion y no una doctrina de negacion; por esto Lutero tuvo poder para conmover al mundo, mientras que la accion de *Erasmus* quedó concentrada en el círculo, siempre reducido, de los hombres de letras. Los humanistas se preocupaban muy poco de las necesidades religiosas de las masas; tenian el orgullo de la ciencia; satisfechos con haberse emancipado de las creencias supersticiosas de la Edad Media, dejaban sin dificultad que dominasen en el pueblo, y en caso de necesidad las explotaban en provecho propio. Sin la Reforma la humanidad hubiera seguido encadenada á Roma, aún cuando el trono pontificio hubiera estado rodeado de libres pensadores. Lutero emancipó, pues, el espíritu humano rompiendo los hierros con que lo habia aprisionado la Iglesia. Pero el protestantismo por su parte no satisfacía otra necesidad tan imperiosa como la fe: la del libre pensamiento. El Renacimiento fué una protesta contra la dominacion tiránica de la fe y contra el elemento supersticioso del cristianismo. Hé aquí por qué los reformadores no absorbieron á los humanistas. Gracias á la coexistencia de la Reforma y del Renacimiento, la humanidad conservó el sentimiento religioso sin abdicar la libertad del pensamiento. Un dia se unirán los dos movimientos en una armonía superior que dará satisfaccion á un mismo tiempo á la fe y á la razon.

(1) « En su regla no habia más que esta cláusula: *Haz lo que te dé la gana.* » (GARGANTUA, lib. I, c. 57.)